

La vida retoña

The sun in september



Capítulo 1

Una batalla tras otra, imagen del llanto mudo, ahogado, que las pulsaciones de mis carnes todavía emanan, tiñen de negro, de lodo este viejo páramo. Donde florecían rosas y crecía el jazmín; donde los pájaros venían a gorjear y los más místicos sonidos creaban melodías imposibles, siempre finales en el propio instante que les daba luz; donde los ríos de salvia corrían libres arrastrando consigo las llamaradas del descontento: pedazos de murallas, diseminados troncos quizá enlazados, unidos por una soga de esparto; donde el aliento henchía el fuelle con el que brillaban las estrellas, ahora se extiende un infinito lodazal de incertidumbre. Barro a mis pies y aún más barro brotando de mis entrañas. Supurando a través de estas manos satisfechas por los más bastos placeres. Anoche, y con ello me remito al mundo ya perdido, lejano y sólo recordado en las ensoñaciones —único pincel, clarín de frescura sobre esta realizad—, tras la embriaguez. El vino de la tierra emanando de cada esquina del teatro, encontrándome en el centro. Haciendo de mi boca un limpio pero vicioso desagüe hasta desbordar. Hasta encharcar y atraer a los insectos. Ojos vivos y siempre hambrientos a punto de asaltar, de acuchillar la más dulce primavera. Anoche, me repito —aunque ¿quién querría volver a cualquier pasado?—, también bailé con las más delicadas sombras. Aquellas que recogen en sus profundidades las dichas de todo caminante. Y vi lo indecible. El regocijo del pecador, del mezquino harapiento y también del joven adulador. En las comisuras de cada uno brillaba un universo plenamente distinto; distinguido sin duda. Uno hundía sus manos en la vergüenza, otro ensuciaba una fina tela de seda con el sudor de los últimos meses y el tercero alcanzaba los más íntimos perfumes entre azoradas sonrisas rotas y humedecidas prendas. Pero pronto desperté del sueño. Como todo, la vida retoña. Se sostiene sobre el hecho, así como la serpiente cubre una escama con la siguiente. Un mero desfile de imágenes corrió ante mis ojos para apagarse, para enterrarse en la fría e insensible oscuridad de este barro donde mis pies morarán todavía por un tiempo. La felicidad es infinita, pero nunca podré olvidar que se erige a base de fragmentos rotos. De realidades perdidas y siempre atesoradas. Aun cuando no dejan de desgarrar, ya por bellas o por traicioneras bellezas —máscaras del presente: una ilusión, y la gravedad de la misma—. Siempre, una prisión de la que no se puede escapar. Ya mientras se cumple el castigo, ya mientras aflora en la memoria el agridulce recuerdo de sus barrotes.